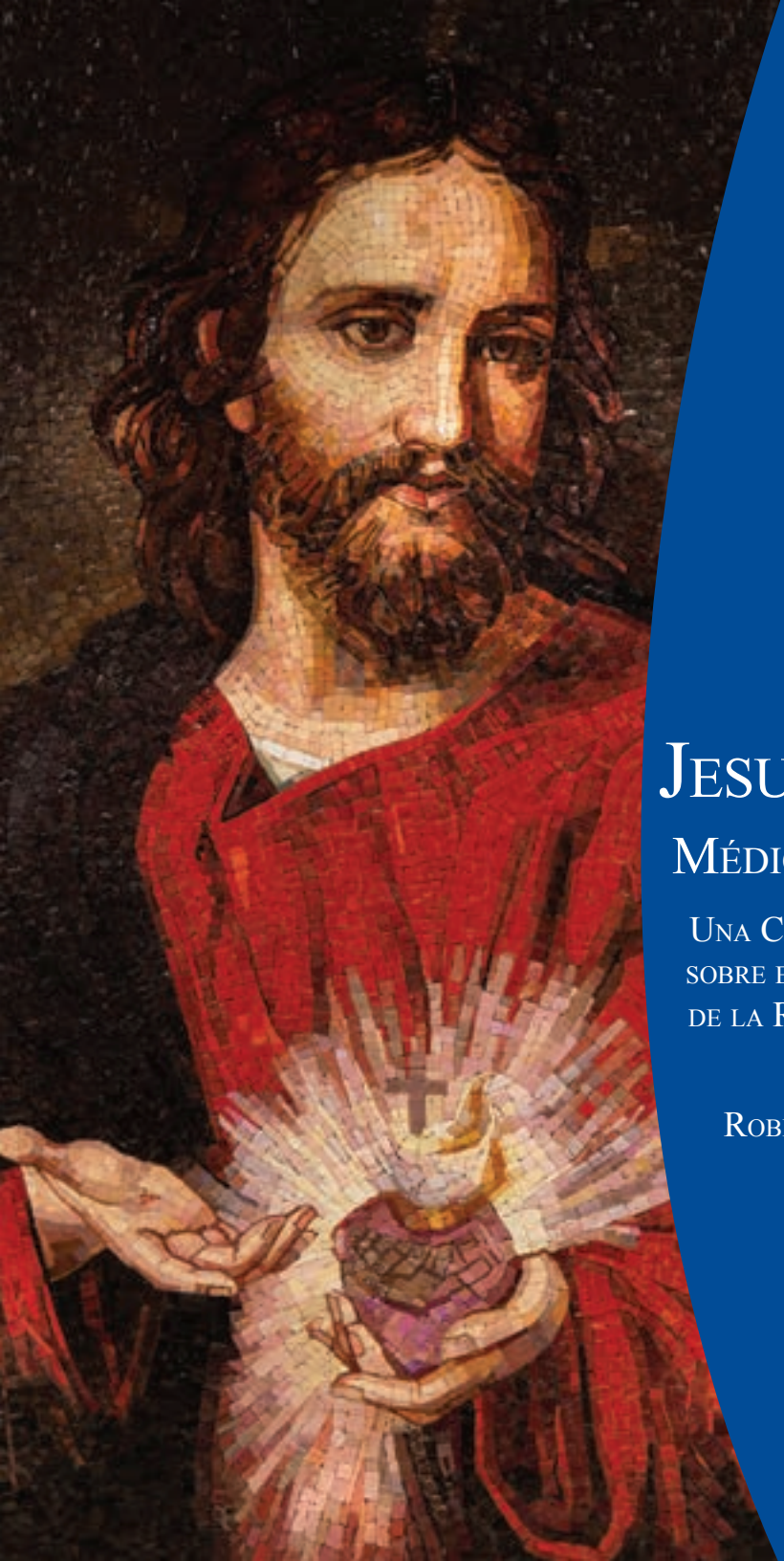


Jesucristo
Médico Divino

Una Carta Pastoral sobre el Sacramento de la Reconciliación

Arzobispo
Robert J. Carlson

JESUCRISTO
MÉDICO DIVINO

UNA CARTA PASTORAL SOBRE
EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

ARZOBISPO ROBERT J. CARLSON

Reverendísimo Robert J. Carlson
Arzobispo de St. Louis

Queridos Hermanos y Hermanas,

Para comenzar esta carta pastoral sobre la Penitencia, me gustaría decir algunas palabras como introducción.

Uno de los propósitos más importantes de esta carta es alejarnos de nuestra noción sobre la percepción centrada en la culpa del pecado y el sacramento: pecado significa sentimiento de culpa, o que Dios está enfadado, y que el Sacramento de la Penitencia es para aplacar esa culpa y la ira de Dios. Quiero que cambiemos a una noción diferente entorno al pecado: que el pecado significa que algo está profundamente herido en nosotros, que hemos debilitado o roto nuestra relación con Dios, y que el Sacramento de la Penitencia es donde el deseo de Dios por sanarnos se encuentra con nuestro deseo de ser curados.

La primera sección de esta carta que habla sobre el pecado está diseñada principalmente para ayudarnos a aumentar nuestro conocimiento sobre cómo el pecado funciona en nuestras vidas. Al acercarnos al Sacramento de la Penitencia, pienso que mucha gente no hace la distinción crucial entre las acciones pecaminosas y las actitudes básicas del corazón como la raíz de todas esas acciones pecadoras. Dado que no hacemos esta distinción, no celebramos el sacramento lo más fructíferamente posible. Confesamos las mismas acciones pecaminosas una y otra vez y no hacemos mucho progreso en nuestras vidas. Concluimos que el sacramento no está haciendo nada por nosotros y, por frustración, dejamos de confesarnos. Pero tal vez no estamos progresando porque estamos lidiando con el fruto y no con la raíz de las acciones pecadoras. Por medio de esta carta, quiero hacerles una invitación: dejemos que el amor sanador del Señor penetre las raíces del pecado en nuestras vidas.

Las secciones sobre Jesús como sanador y la tarea de la Iglesia de continuar con la misión de Jesús cubren parte de las estructuras de la

incredulidad que previenen que las personas celebren el sacramento de forma normal. A veces parte de nuestro corazón no cree realmente en el deseo de Jesús de sanarnos. Otras veces no creemos en el rol que la fe tiene en este proceso de sanación. A veces una parte de nuestros corazones no quiere creer que nuestra presencia física en el encuentro sacramental con Jesús importa: que puede suceder cuando sea y donde sea y de la forma que queramos. Otras veces no creemos en el rol que tiene el ministro sacramental, el sacerdote, en el encuentro sanador. Yo creo que podemos dejar que las Escrituras sean nuestra guía para vencer esas barreras de incredulidad. Mientras se supera cada capa de escepticismo, seremos guiados más intensamente hacia la plenitud de la tradición sacramental de la Iglesia.

Finalmente, la carta esta puntualizada por puntos de meditación. Estos no son solo pensamientos de conclusión. Los puntos de meditación están allí para envolver su corazón, no solo su mente, en la reflexión del Sacramento de la Penitencia. En vez de solo leer la carta y pensar en el Señor, los puntos de meditación nos permitirán orar con el "texto" de nuestros propios corazones y vidas, y después acercarnos al Señor para experimentar su amor sanador.

"(E)n virtud de su autoridad divina, Él da su poder a los hombres para que lo ejerzan en su nombre." Catecismo de la Iglesia Católica 1441

Sinceramente en Cristo,

Jesucristo
Médico Divino

La Obra del Pecado en Nuestras Vidas

"Porque si el enfermo se avergüenza de descubrir su llaga al médico, la medicina no cura lo que ignora."

Catecismo de la Iglesia Católica, 1456

Una revolución de Ternura

Aquí hay un pequeño dato interesante sobre la Biblia: en el Evangelio, ¿cuántas veces viene alguien y le pide a Jesús que perdone sus pecados?

Cero. Así es — nunca.

El punto no es que Jesús no perdona los pecados. Obviamente, si lo hace. El punto es que nadie se lo pide.

¿Usted piensa que podemos mejorar esto?

En su exhortación apostólica, "La Dicha del Evangelio," el Papa Francisco señala que Jesús nos ha llamado a "una revolución de ternura." ("Evangelii Gaudium," 88) La ternura que el Papa Francisco nos pide está íntimamente relacionada con la piedad que ha sido el sello distintivo de su papado. Pero es difícil mostrar la ternura de la misericordia a los demás si no la conocemos. Por el contrario: Cuando la hemos experimentado — a pesar de no merecerla (después de todo la misericordia no es misericordia cuando es merecida) — es más fácil mostrar compasión por los demás. Esto es importante para nuestra propia salvación porque, como dijo Jesús, "con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes." (Lucas 6:38)

La misericordia ha sido uno de los puntos principales del ministerio del Papa. Definitivamente fue un punto principal en el ministerio de Jesús. También es una vara de medición importante para nuestras propias vidas. Nos podríamos preguntar: La piedad — tanto darla como recibirla— ¿es un aspecto central en mi vida o no? ¿Es algo que tengo el hábito de dar y recibir?

Así como nos recuerda el Papa Francisco, "Dios nunca se cansa de perdonarnos; nosotros somos los que nos cansamos de buscar su piedad." ("Evangelii Gaudium," 3) ¿Por qué nos cansamos? Una de las razones es porque, para aceptar su piedad, debemos admitir que nos hemos equivocado. No siempre somos buenos haciendo esto. ¿Cómo podemos mejorar en esto? Aquí hay una idea que podría ayudarnos.

Así como el Santo Padre afirmó en su encíclica, "Lumen Fidei" ("La Luz de la Fe"), "la Fe no es solamente contemplar a Jesús, sino que ver las cosas de la forma en que Jesús las ve, con sus propios ojos."

¿Qué es lo que usted ve cuando ve sus pecados? ¿Fracaso? ¿Una ofensa intencional? ¿Cosas que usted preferiría que nadie más pudiera ver?

Todas estas opciones podrían ser verdaderas. ¿Pero qué es lo que Jesús ve? Él ve una oportunidad para conceder piedad — y esa es una de sus actividades favoritas. Él ve un lugar donde usted y yo lo necesitamos — y eso es lo que Él quiere. Él recorrió un largo camino para salvarnos. Pero Él no nos salvará sin nuestro consentimiento.

La pregunta se convierte en: ¿Qué haremos allí, en el lugar donde lo necesitamos a Él? ¿Nos volveremos hacia Él con confianza y aceptaremos su piedad? ¿O nos alejaremos de Él avergonzados, partiendo en un camino hacia la desesperación? Recuerde, ambos Judas y Pedro traicionaron a Jesús. No había diferencia entre ellos en ese sentido. La diferencia entre ellos fue que Judas entró en desesperación al momento de recibir piedad y con Pedro no fue así. ¿Qué ejemplo debemos seguir?

Por medio del Sacramento de la Reconciliación, nos abrimos para recibir la misericordia del Señor. Así, nos permitimos convertirnos en mejores instrumentos de su misericordia. Y esto es crucial si queremos ser parte de una revolución de ternura.

El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud del cuerpo (cf Mc 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, en la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros.
Catecismo de la Iglesia Católica, 1421

Jesucristo: El Médico Divino

Jesucristo es el doctor más importante — el Médico Divino — del cuerpo y del alma.

En su ministerio público, Jesús se acercó, por medio de la palabra y de acciones, a sanar a aquellos con enfermedades del cuerpo y dolencias del alma. (Vea Marcos 2 y Lucas 4, donde el ministerio público de Jesús comienza con episodios de sanación.)

Durante su Pasión, muerte y Resurrección, Él conquistó el pecado y la muerte, convirtiéndose en la fuente de la sanación definitiva para todos. Por medio del Espíritu Santo, Jesús les dio a los apóstoles una parte

de su propia vida, para que el poder de sanación de sus palabras y acciones pudiera continuar estando presente en el mundo por medio de ellos.

En los sacramentos, el mismo Jesús continúa estando presente en todo lugar y tiempo, sanándonos y llevándonos a la comunión que Él comparte con el Padre y el Espíritu Santo. Nuestras vidas cotidianas como cristianos son testigos de esa misma sanación — recibiéndola nosotros y compartiéndola con los demás.

Teniendo en cuenta esas verdades de la fe, me gustaría hacer tres cosas.

Primero, quiero proclamar la verdad una vez más hoy: El Espíritu Santo le da a la Iglesia una parte de la misión de sanación de Jesús. La Iglesia ejerce esa misión de forma especial por medio de los sacramentos, los cuales podemos ver como "las palabras y acciones" por las cuales el mismo Jesús — por medio de su Cuerpo Místico, la Iglesia — continúa estando presente entre nosotros con su sanación y poder de fortalecimiento. Así como el Catecismo de la Iglesia Católica declara: "Cristo está trabajando cada uno de los sacramentos. Él se dirige personalmente a cada pecador: 'Mi hijo/a, tus pecados están perdonados.' Él es el médico atendiendo a cada uno de los enfermos que necesitan ser curados." (CCC, 1484)

Segundo, me gustaría hacerle una invitación a los fieles de la Arquidiócesis de St. Louis: Jesucristo, el Médico Divino, nos invita a una sanación que trae reconciliación y comunión — comunión con Dios, con los demás y con nosotros mismos. (CCC 1468-9) Tengo un profundo deseo de que los fieles católicos de la arquidiócesis sepan la particularidad y la profundidad del amor sanador que Dios tiene por ellos. Ese amor sanador es ofrecido de forma especial por medio del Sacramento de la Penitencia. Y cuando usted recibe el amor sanador de Dios, este estará disponible más fácilmente a los demás por medio de usted mismo.

Tercero, quiero desafiar a cada uno de nosotros a que dejemos que nuestras palabras y acciones se conviertan, de alguna manera, en una proclamación diaria de la misión sanadora de Jesús. Podemos pedirle a Dios todos los días: "Deja que mi vida hoy sea testigo de tu deseo de traer sanación a los lugares donde la gente está herida." Después, en vez de alejarse del dolor de la gente, nosotros podemos, como doctores o enfermeros, desarrollar un instinto especial para volvernos hacia ellos, reconociendo los lugares en donde se necesita la sanación de Dios. El Evangelio puede convertirse en una vara medidora de nuestras palabras y acciones al preguntar al final de cada día: ¿El ministerio de Jesús ha actuado por medio de mi persona para llegar a alguien hoy? Y podemos pedir para que la gracia haga un mejor trabajo mañana.

MEDITACIÓN

Mirad al Crucificado

Al contemplar la cruz, podremos llegar a un mejor entendimiento sobre la maravilla del amor que Dios tiene por nosotros, especialmente su deseo ardiente de sanarnos. La cruz revela el carácter de Dios y la situación humana.

Para entender como la cruz es una revelación del carácter de Dios, nosotros hacemos dos preguntas;

1) ¿Qué nos dice la cruz sobre el Padre? El Padre debe ser muy rico en piedad si Él estuvo dispuesto a dar a "su único Hijo... para que el mundo fuera salvo por medio de Él." (Juan 3:16-17);

2) ¿Qué nos dice la cruz sobre el Hijo? Jesús, el Hijo, también debe ser rico en piedad si Él estuvo dispuesto a soportar ese sufrimiento para salvarnos.

En otras palabras, la cara de Dios revelada en la cruz es la cara de la piedad. Y la piedad es, en las palabras de San Juan Pablo II, "el atributo más estupendo del Creador y Redentor." (Dives in Misericordia, #13)

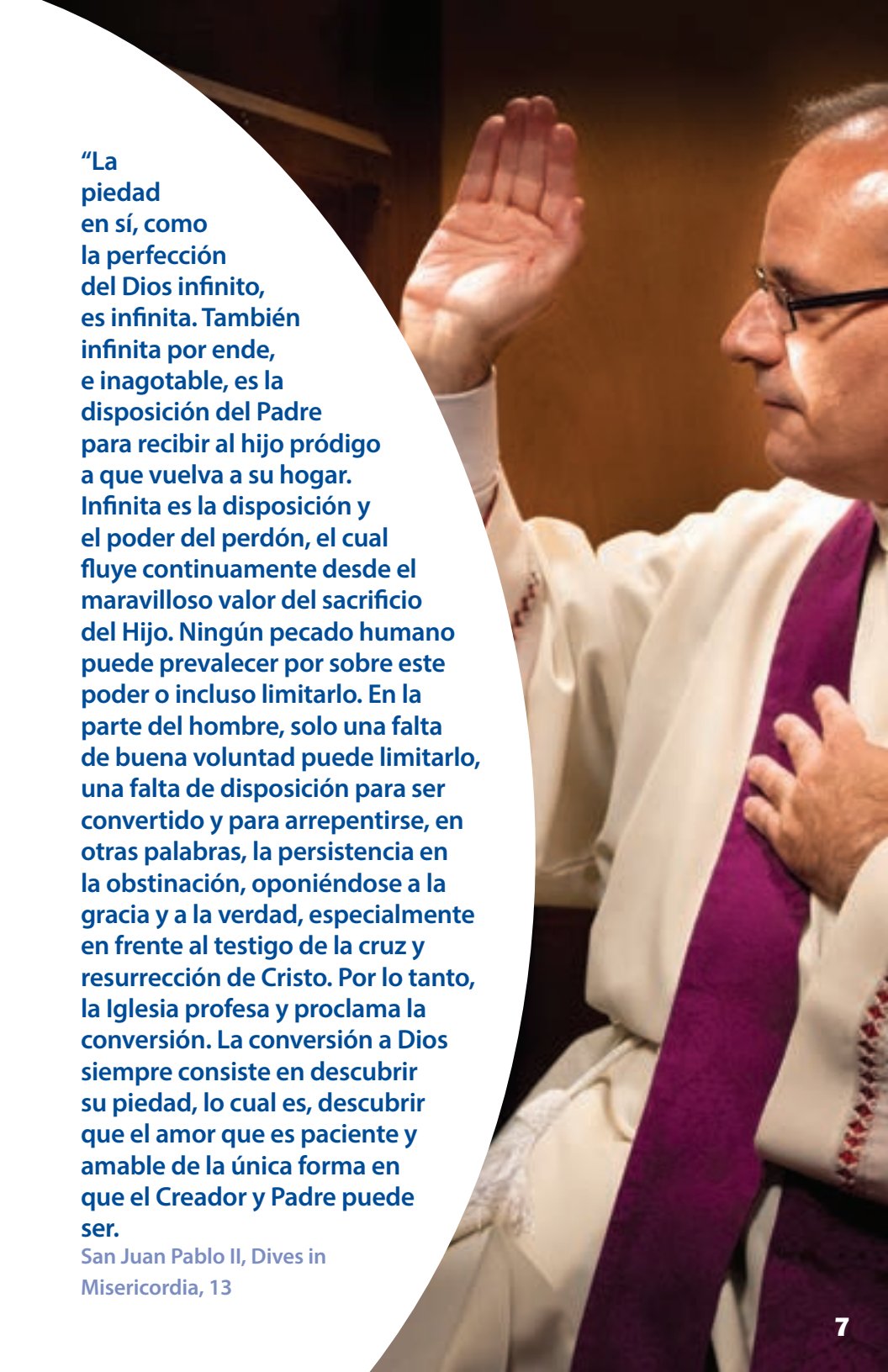
Para entender como la cruz revela la situación humana, nosotros hacemos dos preguntas más:

1) ¿Quiénes debemos ser para que esto — la cruz — haya sido necesaria para nuestra salvación? La situación debería ser nefasta si algo tan drástico como la cruz se necesitaba para rescatarnos; **2) ¿Quiénes debemos ser para que Dios nos considere dignos de la presión de la cruz?** Debemos ser muy preciados en los ojos de Dios si Él estuvo dispuesto a sacrificar tanto por nuestro bien.

La cruz revela la cara piadosa de Dios. Revela la gravedad de la situación humana. Y revela la gloria del valor de las criaturas humanas.

En reflexión silenciosa pregúntese: ¿Cuánto creo que es mi valor a los ojos de Dios? Cuando yo veo la cruz, ¿qué noto?

"(S)i el conocimiento propio y el pensamiento del pecado no son mezclados con el recuerdo de la sangre y la esperanza de la piedad, el resultado está condenado a ser confusión. (Sta. Catalina de Siena)



"La piedad en sí, como la perfección del Dios infinito, es infinita. También infinita por ende, e inagotable, es la disposición del Padre para recibir al hijo pródigo a que vuelva a su hogar. Infinita es la disposición y el poder del perdón, el cual fluye continuamente desde el maravilloso valor del sacrificio del Hijo. Ningún pecado humano puede prevalecer por sobre este poder o incluso limitarlo. En la parte del hombre, solo una falta de buena voluntad puede limitarlo, una falta de disposición para ser convertido y para arrepentirse, en otras palabras, la persistencia en la obstinación, oponiéndose a la gracia y a la verdad, especialmente en frente al testigo de la cruz y resurrección de Cristo. Por lo tanto, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios siempre consiste en descubrir su piedad, lo cual es, descubrir que el amor que es paciente y amable de la única forma en que el Creador y Padre puede ser.

San Juan Pablo II, Dives in Misericordia, 13

"No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores."
Marcos 2:17

Los síntomas de un mundo enfermo del alma

Muchas señales nos dicen que algo está mal en este mundo. El discurso público se ha vuelto estridente, receloso y divisivo. La violencia, sea cercana o lejana, domina los titulares de las noticias. El flagelo de la pornografía ha crecido, el tráfico sexual está en nuestro radar, y la explotación del cuerpo humano para mercado se ha convertido en algo común. El bullying y sus consecuencias se han convertido en una epidemia, requiriendo una respuesta sistemática.

Estos son solo algunos ejemplos. Hay más. Son síntomas, señales de una enfermedad del alma que aflige al mundo.

¿Qué es lo que está por detrás de todo esto?

Los ojos de la fe disciernen un padrón común en los síntomas: un cambio desde la comunión al aislamiento. Para el creyente cristiano, esto no debería ser novedad. La fe nos dice que Dios es una comunión de personas, y que Él nos ha

hecho a su imagen y semejanza. Nuestra comunión con los demás es una señal de la comunión de la Trinidad, y una muestra del compartir esa comunión en el cielo. (CCC 1878) Al saber que el pecado nos aparta de la verdad de nuestro ser, sabemos que el pecado nos aparta de la comunión y nos lleva al aislamiento.

Todos los pecados — no solo aquellos que consideramos como sociales, sino que también aquellos que consideramos principalmente individuales, cometidos en la privacidad de nuestras propias computadoras — nos apartan de nuestro llamado a la comunión con Dios y con los demás, y nos llevan a la soledad y el aislamiento. Como resultado, los lazos de comunión que unen a los individuos se rompen; los lazos que unen a la sociedad en un cuerpo se debilitan y se quiebran.

Hemos probado la paz que viene de vivir en comunión con Dios y los demás. También hemos probado la angustia y la recriminación que vienen de las promesas quebrantadas, del egoísmo y del miedo. Hay un anhelo en el corazón humano por la dicha, la paz y la serenidad de la comunión. Hay también un dolor correspondiente en el corazón humano cuando esa comunión nos hace falta.

Y aun así, nuestras propias actitudes y acciones nos llevan generalmente a nuestra angustia.

Considere una analogía simple: A un nivel físico, decimos que queremos buena salud. Pero en nuestras acciones, somos fácilmente apartados del ejercicio y la comida sana que necesitamos para obtener y mantener una buena salud. Decimos que queremos — pero nuestras acciones muestran que en realidad no queremos — la salud física. Estamos divididos internamente.

Lo mismo pasa con la vida espiritual: Decimos que queremos la paz, la dicha y la serenidad que vienen con la comunión con Dios y los demás. Sin embargo, somos llevados fácilmente hacia actitudes y acciones que destruyen la posibilidad de una comunión genuina. Decimos que queremos — pero nuestras acciones muestran que en realidad no queremos — la salud espiritual. Una vez más, estamos divididos internamente.

Esta situación la conocía muy bien San Pablo, quien decía:

"Lo que hago, no lo entiendo. Ya que no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. ... Yo disfruto de la ley de Dios, en mi yo interior, pero veo en los miembros de mi cuerpo otro principio en guerra con la ley de mi mente, dejándome cautivo en la ley del pecado que habita en los miembros." (Romanos 7:15, 22)

Al enfrentar al división interna, ¿qué vamos a hacer? Parece que solo un médico divino nos puede sanar.

Alcanzando las raíces del pecado

Nosotros sabemos sobre la división interna de la que San Pablo habla cuando dice:

"Lo que hago, no lo entiendo. Ya que no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco." (Romanos 7:15)

Enfrentado a tal problema ancestral, ¿qué vamos a hacer?

El primer paso no es castigarnos por actuar de mala forma. Ya vendrá el momento para eso, pero el primer paso es simplemente admitir que estamos rotos, divididos internamente. San Juan Pablo II dijo: "Para reconocer el pecado de uno, de verdad — penetrando más profundamente en la consideración de nuestra calidad como persona — para reconocerse a uno mismo como pecador, capaz de pecar y con inclinación para pecar, es el primer paso esencial para volver a Dios." ("Reconciliación y Penitencia," #13)

Esta división interior necesita sanación si queremos volvernos plenos de buena manera. C.S. Lewis apuntó a algo similar, diciendo: "(E)s muy natural, cuando comenzamos a pensar sobre la moralidad, comenzar por el primer tema, con relaciones sociales. Por un lado, los resultados de una mala moralidad en esa esfera son tan obvios y nos presionan todos los días: la guerra y la pobreza y la corrupción y las mentiras y los trabajos mal hechos. ... Pero aunque sea natural comenzar por todo eso, si nuestro pensamiento sobre la moralidad para allí, no hemos pensado nada de nada. Si no pasamos al segundo tema — el de la limpieza del interior de cada ser humano — solo nos estamos engañando a nosotros mismos." ("Mera Cristiandad" 71-2)

Para llevar esto a un nivel más profundo, para entender y considerar la enfermedad del alma que aflige al mundo y a nosotros mismos, debemos comprender y hacer una distinción crucial. Debemos distinguir entre las acciones pecaminosas que nos llevan al aislamiento y las actitudes

"En efecto, en virtud de su misión esencial, la Iglesia siente el deber de llegar hasta las raíces de la laceración primigenia del pecado, para lograr su curación"

San Juan Pablo II, Reconciliación y Penitencia, #4

del corazón que motivan nuestras acciones. Debemos distinguir entre las acciones que dañan nuestras relaciones con Dios, con los demás y con nosotros mismos, y las estructuras de la incredulidad que motivan nuestras acciones. El fruto y la raíz necesitan ser llevados al Señor, el Médico Divino, para recibir su piedad sanadora.

El Sacramento de la Confesión es un lugar crucial para hacer esto. Sin embargo, en las palabras de un comentador: "Lo que tendemos a hacer cuando vamos a confesión es confesar nuestros pecados — pero no la raíz del pecado mismo. Así, nuestros pecados son perdonados, pero lo que causa el pecado no ha sido sanado. Pensamos que el pecado es el problema. Pero no lo es. El problema es lo que se ha estado acumulando en nosotros en relación a nuestras actitudes, nuestros hábitos, nuestras debilidades, nuestra condición humana, que necesita infusiones regulares de la gracia de Dios. Necesitamos ver más profundamente, pidiéndole al Espíritu Santo, "Entra. Investiga mi corazón. Revélame cuales son los verdaderos problemas. ¿Cuáles son las cosas que llevan al pecado? ¿Cuáles son las actitudes? ¿Dónde necesito más piedad? ¿Dónde necesito sanación? ¿Cuáles son las cosas en mí a un nivel profundo que necesitan ser sanadas? (Vinny Flynn, "Un acuerdo de mantención espiritual")

Si alguien con neumonía solo trata sus síntomas — fiebre y tos — la causa detrás de su enfermedad, una infección en los pulmones, podría matarlo. Lo mismo pasa con la salud espiritual. Si queremos que nuestra alma esté sana, entonces debemos dejar que el amor sanador de Cristo penetre las causas detrás de los síntomas de nuestra enfermedad espiritual.

La tentación y los deseos desviados

Mientras escarbamos más profundamente hacia la raíz del pecado en nuestras vidas, encontramos que no solamente estamos divididos internamente, sino que también caemos en tentaciones.

Además de la debilidad heredada como parte de la caída de la naturaleza humana, la fuerza del mal también está presente en el mundo y en nuestros corazones: Estamos siendo atacados por el enemigo de la naturaleza humana, lo cual es más fuerte que la capacidad del hombre. Todos los seres humanos son susceptibles a las estrategias del tentador, quien desea nuestra destrucción y teme nuestra rendición a Dios.

Una estrategia importante de la tentación implica la desviación de nuestros deseos. Esto sucede cuando nuestras palabras y acciones expresan nuestros deseos, pero en maneras que no nos podrán satisfacer, y de cierta forma eso nos lleva a un gran aislamiento, de Dios y de los demás.

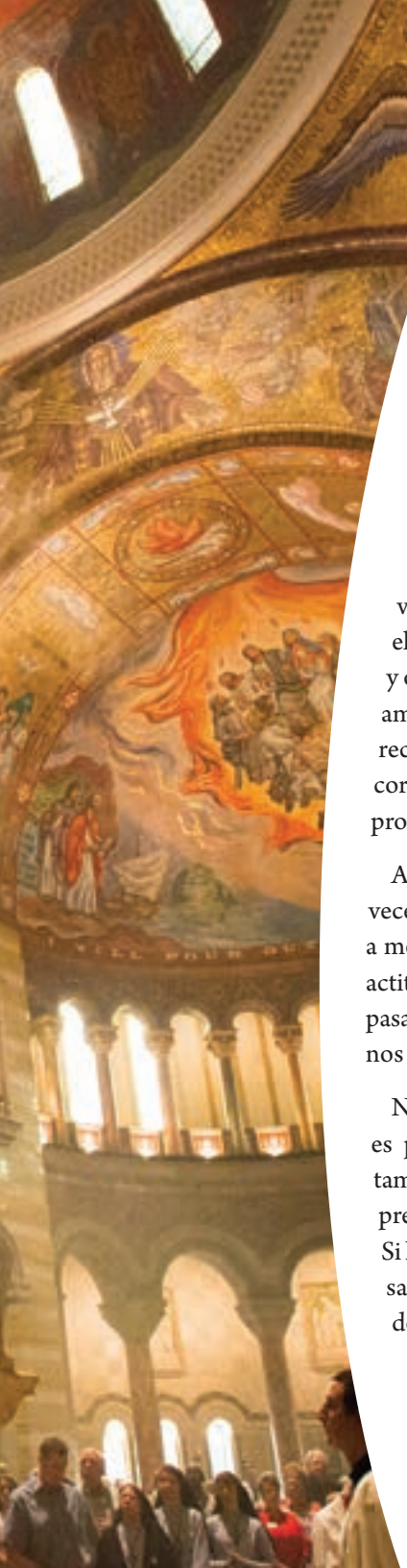
¿Cómo funciona este engaño?

Por ejemplo, los niños a veces se comportan mal — no porque quieran ser malos, sino porque están desesperados por llamar la atención. su comportamiento les genera atención, pero no la atención que ellos desean — ese es el engaño.

De la misma manera, a veces los niños se comportan bien — no porque quieran ser buenos, sino porque desean ser validados. su comportamiento les genera validación, pero no la validación incondicional que ellos desean. Una vez más, allí está el engaño.

Cuando crecemos, nos vemos envueltos en los mismos patrones de comportamiento. Nuestra estrategia se vuelve más sutil, pero los frutos son los mismos. Estamos tentados por involucrarnos con chismes, y lo hacemos — no porque queramos chismear pero porque queremos crear un vínculo de afiliación con algún grupo cerrado. Ahí hay un engaño ya conocido en una nueva forma: Nuestros chismes realmente crean ese tipo de grupo cerrado. Pero en realidad es una forma disminuida de comunidad y nunca nos sentimos seguros en ella — porque apenas nos alejamos, ellos estarán hablando sobre nosotros.

O estamos tentados por tomar drogas y alcohol, y lo hacemos — no porque queramos tomar drogas y alcohol sino porque queremos aliviar dolores en nuestra vida y nos sentimos bien por un momento. Ahí está el engaño: las drogas



y el alcohol sí alivian los dolores de la vida y crean un estado ideal temporario, pero no nos ayudan a sentirnos más vivos de ninguna forma duradera.

O nos tentamos con ver pornografía, y lo hacemos — no porque queramos ver pornografía sino porque deseamos tener intimidad con otro ser humano. Y el ver pornografía si trae una cierta forma de intimidad. Pero no es una intimidad que satisfaga nuestra alma. Una vez más, fuimos engañados.

Hasta las cosas buenas y útiles que hacemos, varias veces, no vienen de un buen deseo de hacer el bien, sino de un deseo por ganar reconocimiento y obtener validación, o para ganar la aprobación y el amor de los demás. Las buenas acciones consiguen reconocimiento y aprobación. Pero nuestros corazones siguen inquietos. No hemos satisfecho el profundo deseo de nuestra alma.

A veces, las acciones en sí son un problema, y a veces las acciones en sí son admirables. ¿Pero qué tan a menudo brotan acciones buenas y pecaminosas de actitudes internas que necesitan sanación? Cuando pasa eso, nuestras acciones producen frutos que no nos satisfacen.

Necesitamos discernir lo que es bueno de lo que es pecaminoso no solo en nuestras acciones sino también en nuestras actitudes. Luego, necesitamos presentárselo todo al Señor para recibir su sanación. Si lo hacemos así, nuestras acciones darán frutos que satisfagan los deseos profundos de nuestra alma — deseos que Dios ha creado para guiarnos hacia Él.

MEDITACIÓN

Señor, ¡hazme querer!

"Señor, moldea mi corazón conforme Tu voluntad y no conforme al amor por la adquisición" (Salmo 119:36)

"El pecado es precisamente esto: que no quiero lo que Dios quiere. Y no puedo ver como esta oposición de mi parte podría ser derribada. No puedo ver como este muro de prisión que me tiene cautivo puede ser perforado. ... Sé precisamente lo que debo hacer. Muchas veces me has dicho, el sacerdote me ha dicho, yo me lo he dicho a mí mismo. Esto, entonces, no es lo que está faltando. La voluntad es lo que falta: el ser capaz de querer. Hay una voluntad en mí que quiere, y hay otra voluntad en mí (la misma) que no quiere. 'No entiendo lo que hago. Ya que lo que quiero hacer no lo hago, y hago lo que más aborrezco hacer ... porque tengo el deseo de hacer lo que es bueno, pero no puedo llevarlo a cabo... ¡Qué hombre más despreciable soy! ¿Quién me rescatará de este cuerpo de la muerte?' (Romanos 7) Entonces es como si estuviera desgarrado en lo más profundo de mi voluntad, y la misma cosa que desea es precisamente la que no desea. Y es por eso que lloro desde las entrañas de mi prisión hostil: ¡Hazme querer!" (Fr. Hans Urs von Balthasar)

"Confiemos en el poder del Espíritu de inspirar conversión, curar cada herida, superar toda división y suscitar vida y libertades nuevas. ¡Cuánta necesidad tenemos de estos dones! ¡Y qué cerca los tenemos, particularmente en el Sacramento de la penitencia! La fuerza libertadora de este Sacramento, en el que nuestra sincera confesión del pecado encuentra la palabra misericordiosa de perdón y paz de parte de Dios, necesita ser redescubierta y ralea propia de cada católico. En gran parte la renovación de la Iglesia en América y en el mundo depende de la renovación de la regla de la penitencia y del crecimiento en la santidad: los dos es inspirado y realizadas por este Sacramento." — Papa Benedicto XVI, Homilía a Nationals Stadium, Abril 17, 2008

Pase algunos momentos solo reflexionando sobre su experiencia interior:

¿Cuáles son los deseos y actitudes que motivan mis acciones?

¿Dónde más deseo el amor sanador de Jesús?

Exponiendo la raíz

Todos los jardineros saben que si tratan solo a la flor e ignoran a la raíz, las malezas que plagan el jardín seguirán volviendo.

Todos los doctores saben que si solo se tratan los síntomas de la enfermedad y no descubren o tratan la causa detrás del síntoma, el mal del paciente volverá una y otra vez.

Lo mismo pasa con la vida espiritual. Las actitudes de nuestras mentes y los hábitos de nuestros corazones son la raíz de las acciones pecaminosas. La alienación y el aislamiento son los frutos que vienen de una raíz mala. Necesitamos exponer la raíz de nuestros pecados, no solo el fruto, al toque sanador de Cristo. (Vea Mateo 10: 18-19; Marcos 7:21-23; Mateo 12: 33-35)

Cuando aprendemos a reconocer lo que es bueno y lo que es pecaminoso no solo en nuestras acciones sino también en nuestras actitudes, tenemos una decisión que tomar. Podemos dejar que el toque sanador de Cristo penetre nuestras actitudes internas — los deseos, miedos, vergüenzas y penas en nuestras vidas — o podemos intentar manejar esas actitudes internas nosotros mismos.

Si elegimos el camino hacia la rendición, dejando que el amor de Cristo se convierta en la fuente de nuestras acciones, Él se acercará más a nosotros para unirnos en la comunión con Él y con los demás. Este es el comienzo del camino hacia el Cielo. Si escogemos el camino de la autosuficiencia, estaremos gradualmente sobrepasados ya que nuestras acciones y actitudes nos llevarán a una espiral creciente de aislamiento. Este es el comienzo del camino hacia el infierno.

Sin embargo, necesitamos darnos cuenta de lo siguiente: La forma en que Dios nos ayuda es más como el agua bañando a una roca que como encender una luz. Cuando encendemos una luz, algo pasa inmediatamente. Generalmente, el proceso para superar el pecado y las actitudes pecaminosas toma más tiempo. Cuando le pedimos a Dios que nos ayude una y otra vez, abrimos las compuertas de la represa de nuestros corazones rocosos para que entre el agua de su gracia.

La buena noticia es esta: Cuando nos rendimos en una lucha con Dios por medio del Sacramento de la Penitencia, Él comienza a traer sanación a los heridos. Como resultado de esto, no podemos estar tentados de la misma forma que antes.

La confesión puede traer sanación al espíritu herido que experimentamos como parte de nuestra naturaleza caída y como consecuencia de vivir en un

estado de guerra espiritual. La sanación que fluye del sacramento nos equipa para crecer en plenitud y santidad. Nos ayuda a reconocer nuestras divisiones interiores más rápidamente, y mantiene nuestras acciones bien ordenadas. También nos da la sabiduría para reconocerlas más rápidamente, y resistir de mejor forma, a las tentaciones del malvado.

Miembros de un solo cuerpo

Nuestros pecados no son solo acciones individuales, un asunto de elección puramente privada con consecuencias puramente privadas. Así como las actitudes de nuestro corazón y los pensamientos de nuestra mente fluyen hacia fuera por medio de acciones, también nuestras acciones individuales fluyen hacia fuera y afectan a los demás. En las palabras de San Juan Pablo II: "(E)n virtud de la solidaridad humana, la cual es tan misteriosa e intangible como real y concreta, el pecado de cada individuo de alguna forma afecta a los demás... Consecuentemente, uno puede hablar de una comunión del pecado, en donde un alma que se degrada por medio del pecado degrada consigo a la Iglesia y, de alguna forma, a todo el mundo. En otras palabras, no hay pecado, ni siquiera el más secreto e íntimo, ni el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Con más o menos violencia, con más o menos daño, cada pecado tiene repercusiones en todo el cuerpo eclesiástico y en toda la familia humana." ("Reconciliación y Penitencia," #16)

La experiencia nos dice que una enfermedad que afecta una parte del cuerpo afectará otras partes del cuerpo también. Así que de la misma forma, cualquier pecado, debilidad o tentación en una parte del Cuerpo de Cristo afectará a otros miembros del Cuerpo.

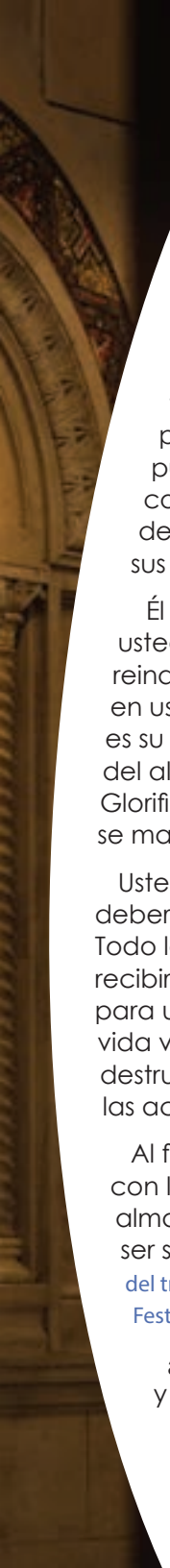
Entonces, por un lado, los problemas del mundo son más grandes de lo que cualquiera de nosotros puede remediar. Por otro lado, la raíz del problema está en cada uno de nosotros.

Admitiendo que estamos divididos internamente, encarando la desviación de nuestros deseos hacia lo que no nos satisface de verdad, y dándonos cuenta de las consecuencias de nuestro estado de ruptura para el mundo, ¿qué podemos hacer?

Nuestra fe nos da una dirección. Cada vez que celebramos la misa, traemos nuestro estado de ruptura y pecados de nuestras vidas y del mundo con nosotros. Durante el Rito Penitenciario, le confesamos a Dios y a nuestros hermanos y

hermanas, que hemos pecado por nuestra propia culpa, y le pedimos al Señor que tenga piedad de nosotros. Cuando rezamos el Padre Nuestro, le pedimos que perdone nuestras ofensas. Antes de recibir la Santa Comunión, repetimos las palabras del centurión romano y confesamos que no somos dignos de que el Señor entre en nuestras casas. Pero confesamos nuestra ruptura y pecados con toda la confianza de que el Señor use "solo una palabra suya [que] bastará para sanarme."

Nuestra oración más importante, la Eucaristía, nos enseña que nos podemos presentar ante Jesús. Él puede, y quiere, perdonar nuestros pecados. Él también puede, y quiere, sanar las formas de pensar y sentir que están detrás de nuestras acciones pecadoras. Jesús quiere que recibamos su amor tan íntima y plenamente que las actitudes, deseos y virtudes de su corazón se convierten en las actitudes, deseos y virtudes nuestras. El Sacramento de la Reconciliación es un lugar privilegiado en donde gritamos: "Jesús, sánanos."



MEDITACIÓN

Recibiendo el corazón de Jesús

Le pido considerar que nuestro Señor Jesucristo es su verdadera cabeza y que usted es un miembro de su cuerpo. Él le pertenece a usted como la cabeza le pertenece al cuerpo. Todo eso es de Él y de usted: la respiración, el corazón, el cuerpo, el alma y todas sus facultades. Usted debe ver todas estas partes como si le pertenecieran a usted, para que cuando lo sirva a Él, usted pueda darle alabanza, amor y gloria. Usted le pertenece a Él como un miembro le pertenece a la cabeza. Es por eso que Él desea seriamente que sirva y glorifique al Padre al usar todas sus facultades como si fueran las de Él.

Él le pertenece a usted, pero más que eso, Él añora estar con usted, viviendo y reinando en usted, como la cabeza vive y reina en el cuerpo. Él desea que cualquier cosa en Él viva y reine en usted: la respiración de Él sea su respiración, el corazón de Él es su corazón, todas las facultades de su alma en las facultades del alma de usted, para que estas palabras se cumplan en usted: Glorifique a Dios y llévelo en su cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste en usted.

Usted le pertenece al Hijo de Dios, pero más que eso, usted debería estar en Él como los miembros están en la cabeza. Todo lo que hay en usted debe incorporarse a Él. Usted debe recibir la vida de Él y ser reinado por Él. No habrá vida verdadera para usted excepto en Él, porque Él es la única fuente de vida verdadera. Lejos de Él, usted solo encontrará muerte y destrucción. Permítale ser la única fuente de sus movimientos, de las acciones y la fuerza de su vida.

Al fin y al cabo usted es uno con Jesús como el cuerpo es uno con la cabeza. Usted debe entonces tener un respiro con Él, un alma, una vida, una voluntad, una mente, un corazón. Y Él debe ser su respiro, su corazón, su amor, su vida, su todo. (San Juan Eudes, del tratado sobre el Admirable Corazón de Jesús, Oficina de Lecturas, 19 agosto, Festín de San Juan Eudes)

¿Dónde ha experimentado las virtudes de Jesús en las vidas y acciones de los demás?

¿Qué virtudes de Jesús tiene más deseos de recibir?

¿Qué virtudes de Jesús tiene más necesidad de recibir?

JESÚS COMO NUESTRO SANADOR

Jesús el Sanador

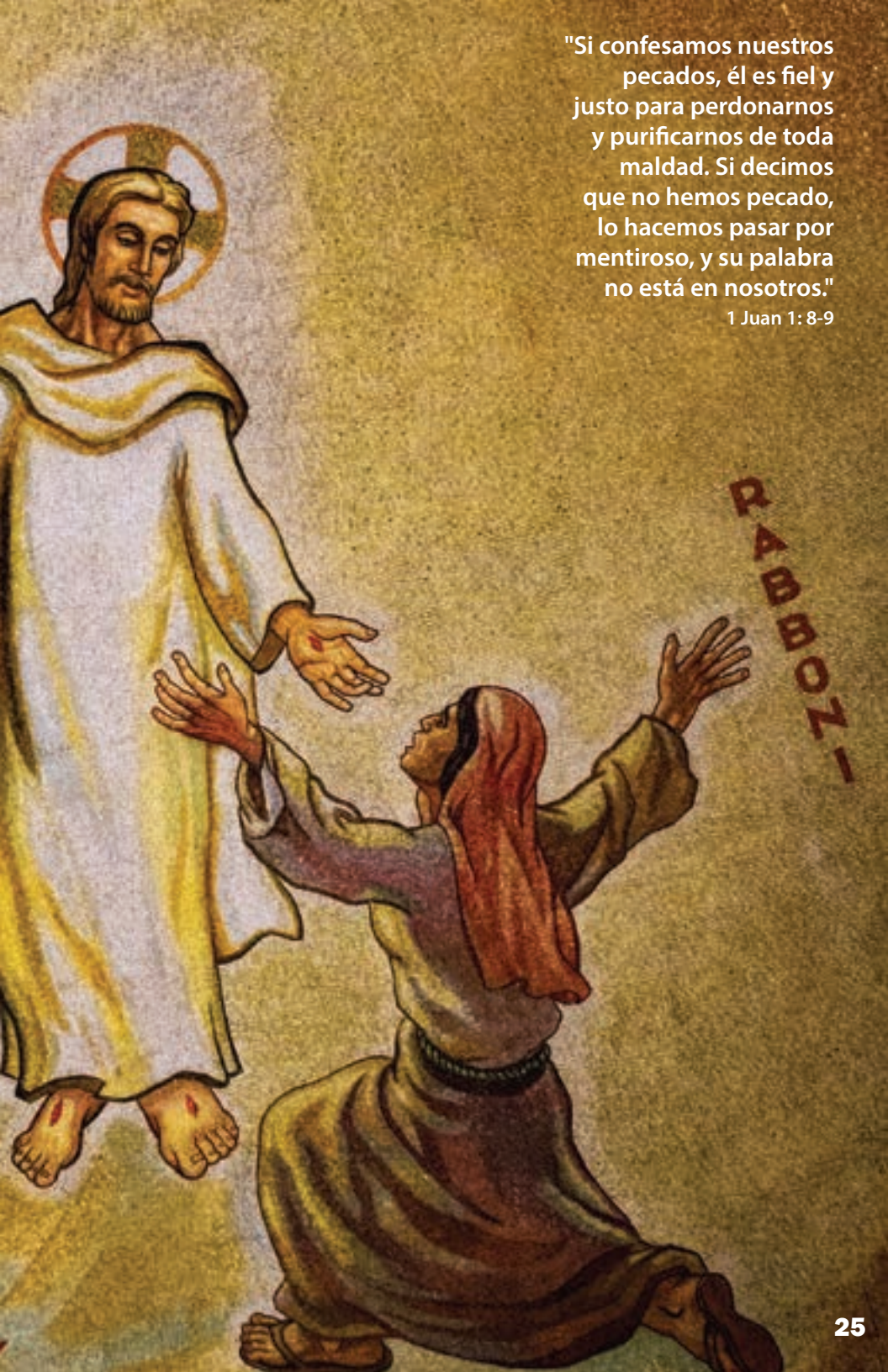
El Evangelio presenta abundantes ejemplos del deseo y habilidad de Jesús para sanar a aquellos que lo necesitan.

En los Evangelios de Marcos y Lucas, el ministerio público de Jesús comienza con actos de sanación. Ya sea de un espíritu impuro, o un cuerpo enfermo, o los dos al mismo tiempo, la sanación es solo uno de varios aspectos de la misión de Jesús — es el padrón fundamental detrás de cada palabra y acción.

La misión sanadora de Jesús alcanza su punto más alto en los eventos del Misterio Pascual — su Pasión, muerte, y Resurrección. Cada sanación que Él ha logrado en su ministerio terrenal está fundamentalmente orientada hacia su victoria final y definitiva por sobre el pecado y la muerte. Cada episodio de sanación es una doble señal para nosotros: 1) que su victoria por sobre el pecado y la muerte ya está sucediendo en el mundo; y 2) que Él quiere que compartamos su victoria por medio de la sanación de nuestros cuerpos y almas.

"Entre algunas de las historias de sanación encontradas en los evangelios, podemos examinar la sanación del paralítico (Mateo 9: 1-8; Marco 2:1-12; Lucas 5:18-26) como un punto culminante y un prototipo por la forma en que combina la sanación física con el perdón de los pecados.

"Unos días después, cuando Jesús entró de nuevo en Capernaúm, corrió la voz de que estaba en casa. Se aglomeraron tantos que ya no quedaba sitio ni siquiera frente a la puerta mientras Él les predicaba la palabra. Entonces llegaron cuatro hombres que le llevaban un paralítico. Como no podían acercarlo a Jesús por causa de la multitud, quitaron parte del techo encima de



"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos y purificarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos pasar por mentiroso, y su palabra no está en nosotros."

1 Juan 1: 8-9

donde estaba Jesús y, luego de hacer una abertura, bajaron la camilla en la que estaba acostado el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, le dijo al paralítico: —Hijo, tus pecados quedan perdonados. Estaban sentados allí algunos maestros de la ley, que pensaban: "¿Por qué habla este así? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? En ese mismo instante supo Jesús en su espíritu que esto era lo que estaban pensando. — ¿Por qué razonan así? —les dijo—. ¿Qué es más fácil, decirle al paralítico: "Tus pecados son perdonados", o decirle: "Levántate, toma tu camilla y anda"? Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —se dirigió entonces al paralítico—: A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Él se levantó, tomó su camilla en seguida y salió caminando a la vista de todos. Ellos se quedaron asombrados y comenzaron a alabar a Dios. "Jamás habíamos visto cosa igual", decían." (Marcos 2:1-12)

"De la misma manera que Moisés levantó en alto la serpiente en el desierto, también es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todos los que creen en él tengan Vida eterna."
Juan 3:14-15

Este episodio hace que quede claro el carácter total de la misión sanadora de Jesús. Cuando estamos afligidos con malestares del cuerpo o enfermedades del alma — o ambos al mismo tiempo — Él viene para dejarnos plenos. Y en su crucifixión y Resurrección, podemos ver que la sanación que Él ofrece no es ni temporaria ni parcial, sino que completa y abierta para la vida eterna.

Las diferentes facetas de la misión sanadora de Jesús están iluminadas por las historias de sanación presentes en los Evangelios. Me gustaría enfatizar algunos puntos de forma especial, para que podamos acercarnos de mejor forma al Sacramento de la Penitencia como un sacramento de sanación, un sacramento en donde estamos invitados a compartir en la victoria definitiva de Jesús por sobre el pecado y la muerte. En las próximas secciones, me concentraré en tres puntos en particular: 1) El deseo de sanar de Jesús; 2) el rol de la fe en la sanación; y 3) el poder de la presencia física de Jesús.

El deseo de sanar de Jesús

Me estoy enfocando en tres temas de las historias de sanación en el Evangelio.

El primero es que Jesús desea traernos la sanación. Este principio se hace abundantemente claro en la historia sobre la limpieza a un leproso. (Mateo 8:1-4; Marcos 1:40-42)

"Un hombre que tenía lepra se le acercó, y de rodillas le suplicó: —Si quieres, puedes limpiarme. Lleno de compasión, Jesús extendió la mano y tocó al hombre, diciéndole: —Sí quiero. ¡Queda limpio! Al instante se le quitó la lepra y quedó sano." (Marcos 1: 40-42)

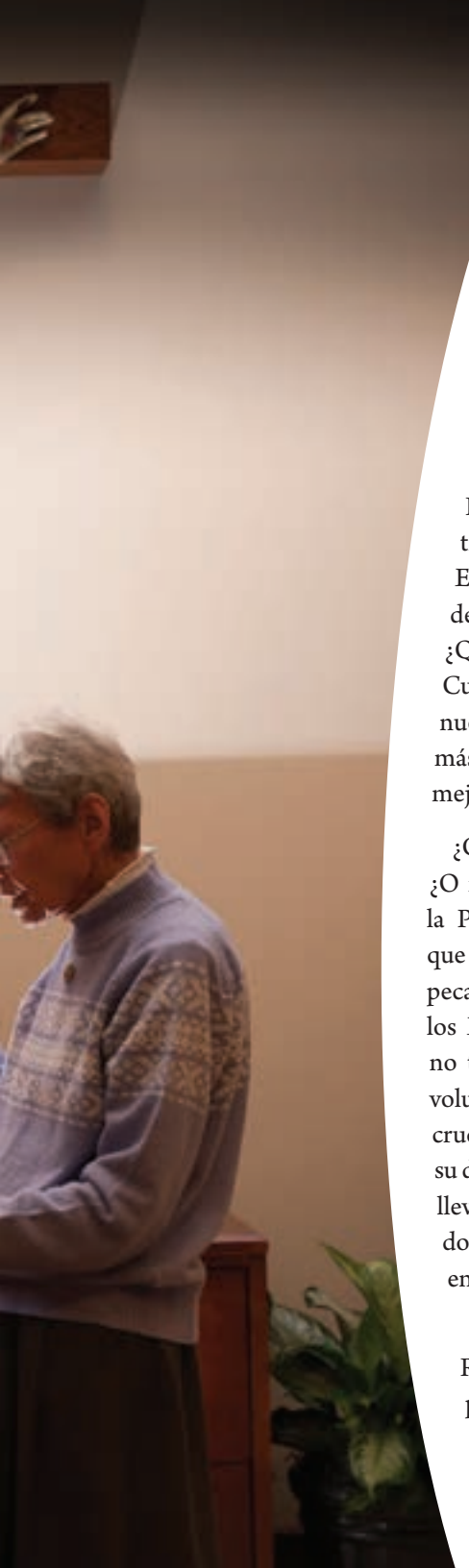
El hecho de que el deseo de Jesús de sanar se extienda al perdón de los pecados se muestra también — para la sorpresa de todos los presentes — en la sanación del paralítico, como también en la historia de la mujer que unge los pies de Jesús con sus lágrimas. (Lucas 7: 36-50) En estas historias, Jesús ejemplifica las palabras de San Juan Vianney, "Dios es más rápido para perdonarnos que una madre que saca a su hijo del fuego."

Considere también la historia del ciego Bartimeo: "Más tarde, salió Jesús de la ciudad de Jericó acompañado de sus discípulos y de una gran multitud. Un mendigo ciego llamado Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado junto al camino. Al oír que el que venía era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar: — ¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí! Muchos lo reprendían para que se callara, pero él se puso a gritar aún más: — ¡Hijo de David, ten compasión de mí! Jesús se detuvo y dijo: —Llámenlo. Así que llamaron al ciego. — ¡Ánimo! —le dijeron—. ¡Levántate! Te llama. Él, arrojando la capa, dio un salto y se acercó a Jesús. — ¿Qué quieres que haga por ti? —le preguntó. —Rabí, quiero ver —respondió el ciego. —Puedes irte —le dijo Jesús—; tu fe te ha sanado. Al momento recobró la vista y empezó a seguir a Jesús por el camino." (Marcos 10: 46-52)

Muchas veces, cuando leemos este pasaje, nos enfocamos en el deseo de Bartimeo de ser sanado, lo cual es una parte importante de este episodio.

Pero si nos enfocamos solo en el deseo de Bartimeo, nos perdemos de algo importante: el deseo de Jesús. Jesús desea tener esta conversación con Bartimeo. Él quiere conocer a Bartimeo de corazón a corazón. Él quiere oír el grito más profundo del corazón de Bartimeo, y otorgarle la sanación que Bartimeo tanto añora.

"Porque si el enfermo se avergüenza de descubrir su llaga al médico, la medicina no cura lo que ignora."
Catecismo de la Iglesia Católica, 1456



El punto crucial: La conversación de Jesús con Bartimeo no es solo un evento que ocurrió hace mucho tiempo, sino un evento que Jesús desea repetir con cada uno de nosotros. Él quiere hablar con nosotros de corazón a corazón. Él quiere oír el grito más profundo de nuestros corazones, y otorgarnos la sanación que tanto añoramos.

Por medio del Sacramento de la Reconciliación, la voz de Jesús hace eco a través de los tiempos, diciendo "Díganme." En su presencia sacramental por medio del sacerdote, Jesús nos repite su pregunta: ¿Qué es lo que quiere que haga por usted? Cuando hayamos sacado pesos de encima de nuestros corazones, lo oiremos hablar una vez más, diciéndonos, "Vayan en paz, su fe los ha mejorado."

¿Creemos que Jesús desea nuestra sanación? ¿O nos quedamos alejados del Sacramento de la Penitencia porque no estamos seguros de que Jesús realmente quiere perdonar nuestros pecados? Deje que su corazón se convierta por los Evangelios: el deseo de Jesús de sanarnos no tiene límites. su Pasión, la cual incluye su voluntad de perdonar incluso a quienes lo crucificaron, constituye un testigo supremo de su deseo por perdonar. Al creer esto, dejémonos llevar hacia el Sacramento de la Penitencia, donde nuestro deseo de ser sanados se encontrará con el deseo de Jesús por sanarnos.

Tómese unos momentos de silencio. Reflexione sobre la idea de Jesús llamándolo para acercarse a Él. **¿Qué es lo que quiere que Él haga por usted?**

El rol de la fe en la sanación

El segundo tema es el rol fundamental que juega la fe en la sanación.

Al centurión que pidió sanación para su sirviente, Jesús dijo, "Ya te puedes retirar; todo resultará así como lo has creído." (Mateo 8:13) A la mujer con hemorragia que se le acercó para tocarle su manto, Jesús dijo "Hija, tu fe te ha salvado. Ve en paz y cúrate de tu aflicción." (Marcos 5:34) Al hombre ciego que quería ver, Jesús le dijo, "Que tengas visión; tu fe te ha salvado." (Lucas 18:42)

Y una y otra vez en los Evangelios, Jesús enfatiza el rol de la fe en la sanación. Incluso cuando se nos dice que Jesús "no fue capaz de realizar ningún tipo de acción poderosa" en su tierra natal de Nazaret "a causa de su falta de fe." (Marcos 6:5; Mateo 13:58)

Pero esto genera dificultades, o por lo menos una pregunta: ¿por qué la sanación debería depender de la fe? ¿Esto no limita el poder de Dios?

Haga una pausa con este punto por ahora, para que podamos entender el rol que juega la fe en el proceso de sanación.

Considere la parábola del hijo pródigo. El padre esperó a su hijo hasta que volvió para que pudieran reconciliarse. Pero el padre no iba a hacer que su hijo volviera.

O considere los eventos acontecidos en la Pasión de Jesús. Judas y Pedro traicionaron al Señor. Pero aun así, ellos tenían que tomar una decisión sobre cómo lidiar con su fracaso. Jesús no los forzó a arrepentirse ni los forzó para que aceptaran su misericordia.

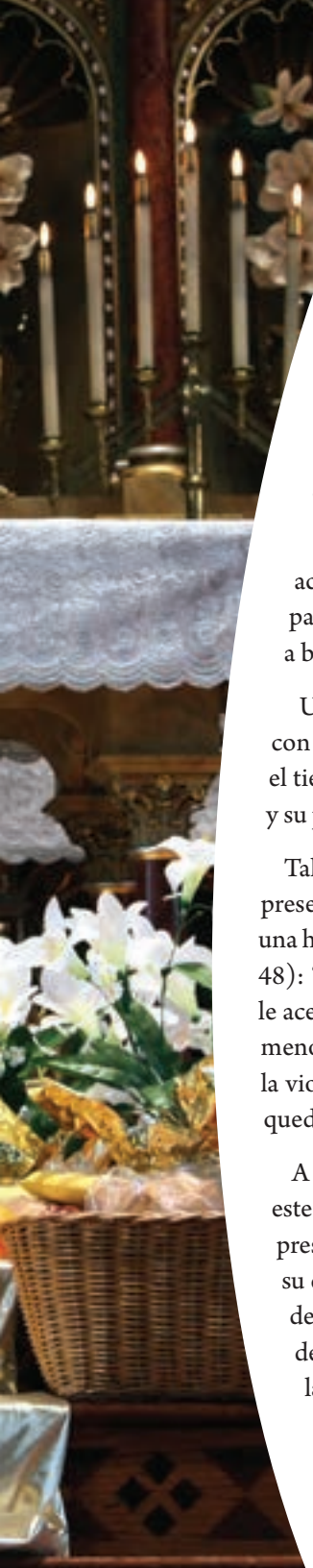
Nosotros estamos en la misma situación que el hijo pródigo; estamos en la misma situación que Judas y Pedro. Hemos abandonado nuestra casa, desperdiciado nuestra herencia, y traicionamos al Señor. Pero la reconciliación es posible. Hasta una traición como la de Judas se puede perdonar. No podemos cambiar lo que ya hemos hecho en el pasado. Pero aún podemos recurrir al Señor para que nos cure en el presente.

Aquí es donde la fe entra en el proceso de sanación. A veces pensamos que si solo tratamos con más ganas, podremos hacer que todo mejore. Pero esta es una actitud mortal porque enfoca nuestra esperanza en nosotros — nuestra voluntad y trabajo. Si nosotros confiamos en nosotros mismos para el perdón y la sanación, solo encontraremos lo que Judas encontró: desesperación.

La fe nos llama a confiar en la misericordia de Jesús porque no nos podemos dar a nosotros mismos el perdón que añoramos y esperamos. La angustia que fluye de la noción de la autosuficiencia — el creer que podemos y debemos arreglar todo nosotros mismos — puede ser curada por medio de su amor misericordioso. Aquí podemos dejar que las palabras de un viejo himno se conviertan en la oración de nuestros propios corazones: "Jesús, libérame de la triste prisión donde el pecado me tiene cautivo. Libérame de la miseria de mi soledad auto-infligida."

Jesús siempre está listo para sanar. Pero Él no forzará su entrada en nuestras vidas. La fe nos lleva a mostrarle nuestras heridas. La fe nos lleva a aceptar la sanación que Él ofrece.

¿Creemos que la fe juega un papel vital en el perdón de los pecados? ¿O nos quedamos alejados del Sacramento de la Penitencia porque pensamos que Dios nos va a curar sin ninguna señal de nuestro consentimiento? Deje que su corazón sea convertido por los Evangelios: la fe es esencial para la sanación porque nos permite mostrarle nuestras heridas a Jesús, el Médico Divino, y aceptar la sanación que Él ofrece. Al creer esto, dejémonos llevar hacia el Sacramento de la Penitencia como un sacramento de sanación, en donde ejercemos nuestra fe en el deseo de Jesús de sanarnos y le permitimos que realice acciones poderosas en nuestras vidas.



El poder de la presencia física de Jesús

El tercer tema es el hecho de que la presencia física de Jesús es poderosa.

Por un lado, Jesús es Dios, y nadie tiene que esperar a que Dios esté presente. Por otro lado, los Evangelios testifican un hecho notable: la gente esperó a que Jesús viniera a ellos, y su presencia física hizo una diferencia.

El ciego Bartimeo y el leproso esperaron a Jesús para acercarse a Él; cuando Él vino, ellos tomaron la oportunidad para pedirle que los sanara. El centurión y el paralítico fueron a buscar a Jesús; cuando lo encontraron, pidieron su ayuda.

Una y otra vez, las historias del Evangelio nos confrontan con este misterio: Jesús es completamente Dios, ilimitado por el tiempo y el lugar; pero también es completamente humano, y su presencia física hace la diferencia en las personas.

Tal vez la historia más sorprendente sobre el poder de la presencia física de Jesús es la historia de la mujer afectada por una hemorragia (Mateo 9: 20-23; Marcos 5: 25-34; Lucas 8: 43-48): "Una mujer que hacía 12 años padecía de hemorragias se le acercó por detrás y le tocó el borde del manto. Pensaba: 'Si al menos logro tocar su manto, quedaré sana.' Jesús se dio vuelta, la vio y le dijo: — ¡Ánimo, hija! Tu fe te ha sanado. Y la mujer quedó sana en aquel momento." (Mateo 9:20-23)

A lo largo de la historia, Dios Hijo ha estado presente en este mundo. Sin embargo, por su Encarnación, Él se hizo presente en una forma completamente diferente. Él mostró su deseo de conocernos en carne y hueso. Y muchas historias del Evangelio nos cuentan como Él escogió sanar por medio de señales inteligentes. (Por ejemplo, vea Marcos 7: 31-35, la curación de un hombre sordo, y Juan 9: 1-7, la sanación de un hombre que nació ciego.) Luego, Él nos dio los sacramentos para que continuáramos conociendo su

toque sanador; no solo con nuestros corazones y mentes sino por medio de imágenes y sonidos, por medio de olores, tacto y gusto; no solo como una memoria distante y borrosa sino como una realidad siempre presente. El mismo Jesús que caminó por la tierra, quien fue visto y tocado por sus contemporáneos, está presente para nosotros por medio de las señales inteligentes de los sacramentos — por medio del agua y el aceite del bautismo, por medio del pan y el vino de la Eucaristía, y por medio del ministerio de sacerdotes en el Sacramento de la Reconciliación. Es por esto que la gente en todo momento y lugar conoce el poder sanador de su presencia.

¿Creemos en el poder de la presencia de Jesús, tangiblemente expresado por medio de los sacramentos? ¿O nos escandalizamos por esta particularidad — alejándonos de la Confesión porque no estamos convencidos de que Jesús nos trae el poder de su presencia a las particularidades de nuestro propio momento y lugar por medio del sacramento? Dejemos que nuestros corazones sean convertidos por los Evangelios: Jesús desea estar presente en las particularidades del momento y lugar porque allí podemos volver a Él, tocarlo y ser sanados. Al creer esto, dejémonos llevar hacia el Sacramento de la Penitencia como un sacramento de sanación, un sacramento donde nuestro deseo de tocarlo a Él y ser sanados se encuentra con su deseo de tocarnos y sanarnos en las particularidades de nuestra propia vida.

Jesús quiere decir en hebreo: "Dios salva". En el momento de la anunciación, el ángel Gabriel le dio como nombre propio el nombre de Jesús que expresa a la vez su identidad y su misión. Ya que "¿quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?", es Él quien, en Jesús, su Hijo eterno hecho hombre "salvará a su pueblo de sus pecados"

CCC 430

Extendiendo la Misión de Jesús

Además de la sanación realizada por el mismo Jesús, los Evangelios también testifican que Jesús compartió su misión de sanación con los apóstoles

Cada uno de los evangelios sinópticos afirma como Jesús hizo presente en el mundo su poder para sanar el cuerpo y el alma por medio de los apóstoles:

"Entonces Él llamó a sus doce discípulos y les dio la autoridad sobre los espíritus impuros para expulsarlos y curar toda enfermedad y toda dolencia. … 'Cura a los enfermos, levanta a los muertos, limpia a los leprosos, expulsa a los demonios.'" (Mateo 10:1, 8)

"Entonces Él llamo a sus doce discípulos y los mandó de dos en dos y les dio la autoridad sobre los espíritus impuros. … Expulsaron muchos demonios, y ungieron con aceite a muchos enfermos y los curaron." (Marcos 6:7, 13)

"Habiendo reunido a los doce, Jesús les dio poder y autoridad para expulsar a todos los demonios y para sanar enfermedades. Entonces los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos. Así que partieron y fueron por todas partes de pueblo en pueblo, predicando el evangelio y sanando a la gente." (Lucas 9:1-2,6)

En estas cuentas, Jesús dio poder a los apóstoles para realizar actos que Él mismo había realizado: la sanación de los espíritus impuros y la sanación de cuerpos enfermos. Este fue el primer capítulo o muestra de la comisión que recibieron por completo durante Pentecostés.

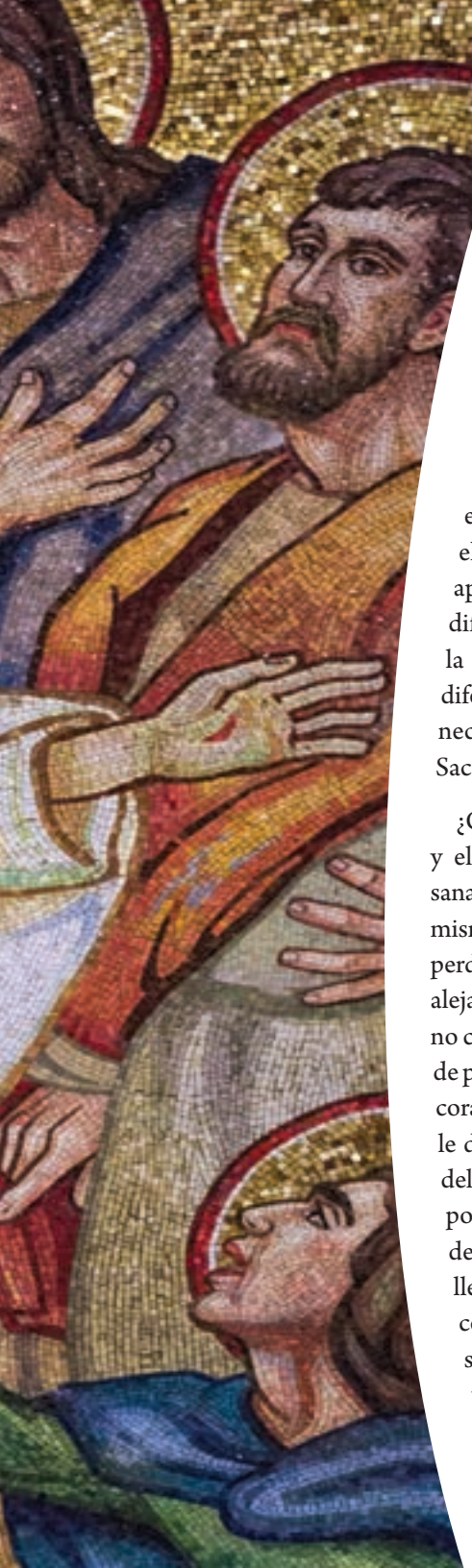
Desde el comienzo, la misión de los doce fue una extensión de la misión sanadora del mismo Jesús. Y de la misma forma en que su presencia física hizo una diferencia en la vida de aquellos que Él tocó, la presencia de ellos también hacia una diferencia.

El Evangelio de Mateo claramente indica que las intenciones de Jesús de compartir su misión sanadora con los apóstoles incluían el ministerio del perdón de los pecados.

"Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo" (Mateo. 16:19)

"Amén, les aseguro que todo lo que ustedes aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo." (Mateo 18:18)

"El Señor quiere que sus discípulos tengan un poder inmenso: quiere que sus pobres servidores cumplan en su nombre todo lo que había hecho cuando estaba en la tierra."
San Ambrosio; CCC 983



Estas palabras se cumplen en el Evangelio de Juan: "¡La paz sea con ustedes! —Repitió Jesús—. Así como el Padre me envió a mí, yo los envío a ustedes. Acto seguido, sopló sobre ellos y les dijo: —Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen sus pecados, les serán perdonados; a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados." (Juan 20:21-3)

Cada Evangelio nos dice que Jesús extendió su misión sanadora — incluyendo el perdón de los pecados — por medio de los apóstoles. Y así como su presencia hizo una diferencia de verdad en la vida de las personas, la presencia de ellos también hizo una diferencia. Esto tiene implicaciones en nuestra necesidad de estar presentes físicamente en el Sacramento de la Penitencia.

¿Creemos que el mismo Jesús sana el cuerpo y el alma, pero olvidamos que su misión de sanación le fue otorgada a los apóstoles? De la misma manera, ¿creemos que el mismo Jesús perdonó los pecados, pero nos quedamos alejados del Sacramento de la Penitencia porque no creemos que Él le dio a los apóstoles el poder de perdonar pecados en su nombre? Deje que su corazón sea convertido por el evangelio: Jesús le dio su misión de sanación — incluyendo la del perdón de los pecados — a los apóstoles y, por medio de ellos, a la Iglesia Apostólica que descendió de ellos. Al creer esto, dejémonos llevar hacia el Sacramento de la Penitencia como un sacramento de sanación, un sacramento en donde el poder de sanación y perdón del mismo Jesús se extiende a nosotros por medio del ministerio de la Iglesia Apostólica.

La piedad y la Evangelización

"Donde quiera que vayamos, como cristianos somos llamados a proclamar las noticias liberadoras de que es posible ser perdonados por los pecados cometidos, que Dios es más grande que nuestra pecaminosidad, que Él nos ama libremente siempre y que fuimos hechos para la comunión y la vida eterna." (Papa Francisco, Mensaje Cuaresmal, 2014)

El Papa Francisco nos ha enseñado algo importante sobre la relación entre recibir misericordia y proclamar las buenas nuevas.

Talvez esto se aclaró en su gran entrevista, publicada a fines de septiembre del 2013. El entrevistador le preguntó: "¿Quién es Jorge Bergoglio?" El hizo una pausa, aparentemente buscando la respuesta dentro de sí mismo, y respondió: "Soy un pecador."

Él después ligó su respuesta a su lema papal — Misando atque Eligendo

"Es doctrina cierta y digna de fe que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el peor de ellos. Si encontré misericordia, fue para que Jesucristo demostrara en mí toda su paciencia, poniéndome como ejemplo de los que van a creer en él para alcanzar la Vida eterna."
I Timoteo 1:15-16

(Teniendo piedad y eligiéndolo a Él). El lema viene de un comentario sobre el llamado a San Mateo. (Mateo 9.9) Al hacer una reflexión sobre su pintura favorita de ese episodio por Caravaggio, el Santo Padre dijo:

"Ese dedo de Jesús, apuntando a Mateo. Ese soy yo. Yo siento como él siente. Como Mateo. Es el gesto de Mateo el que me sorprende: Él se aferra a su dinero como diciendo, '¡No, yo no! No, este dinero es mío.' Mire, este soy yo, un pecador al cual el Señor le ha otorgado su mirada."

Ese fue un lindo testimonio sobre quién el Papa siente ser ante el Señor. Pero usted se podría preguntar: ¿Qué tiene que ver esto con la evangelización?

En un discurso en la asamblea anual de la Conferencia Católica de Missouri en octubre 2014, Ed Hogan habló sobre este asunto. En esencia, Hogan dijo que, tal como los papas San Juan Pablo II y Benedicto XVI, el Papa Francisco siente el peligro del relativismo. Pero su método es bastante diferente de los otros. En vez de combatirlo en términos filosóficos y teológicos, el parece abordarlo psicológicamente. Él siente que las personas tienen miedo del juicio de Dios porque no creen en su piedad. A causa de ese miedo, encuentran que es más fácil negar que hay un bien y un mal que admitir, "Yo he hecho algo malo." Si ellos han hecho algo malo, y si no hay piedad, entonces no hay esperanza para ellos.

El Papa parece decir: La primera manera de abordar esta situación no es insistir que otra persona es un pecador. sus defensas psicológicas los incapacitarán para oír. En vez de eso, el primer paso es dejar que las personas sepan que yo soy un pecador, y que he recibido la misericordia de Dios.

Cuando hacemos esto, le estamos diciendo a la gente que está bien admitir que hay un bien y un mal, y que está bien admitir que no hemos respetado este principio, porque la misericordia del Señor está disponible para nosotros. Podemos testificar: "Soy un pecador." He estado bajo el poder de su mirada, y he encontrado misericordia en vez de condenas allí. Es por esto — por la misericordia de Dios — que podemos vivir en esperanza y dicha.

Cuando la gente ve — a través de nuestro ejemplo — que hay piedad para los pecadores, ellos bajan sus defensas, admiten que si hay un bien y un mal, y tendrán esperanza. Este método al relativismo traspasa las defensas psicológicas.

Así es como el recibir piedad está conectado a la evangelización. El recibir el Sacramento de la Penitencia es crucial para proclamar las Buenas Nuevas. La claridad filosófica y teológica es crucial, y no deberíamos minimizar su importancia. Pero nuestro primer paso es ser testigos de que un pecador puede recibir piedad.

“A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas.”

Papa Francisco, Evangelii Gaudium, #44

Conclusión: Tolerancia vs. Piedad

Para concluir, me gustaría discutir como la cultura promueve la "tolerancia." Dejaremos de lado, por ahora, el hecho de que esta sea intolerante en muchos aspectos. Por ahora, me gustaría enfocarme en dos puntos subyacentes. Con la tolerancia: 1) nada es malo 2) nadie necesita ser perdonado.

Sin embargo, el Papa Francisco ha estado promoviendo la piedad. Para contrastar, la piedad también tiene dos puntos subyacentes. Con la piedad: 1) algo está mal, y 2) alguien necesita ser perdonado.

La pregunta de cuál método es más verdadero no necesita responderse examinando el comportamiento de alguien. Esto se puede resolver por cada uno de nosotros examinándonos a nosotros mismos. Todos sabemos que hay algo mal en nosotros, y que necesitamos ser perdonados, sin mencionar los pecados de los otros. Cada uno de nosotros puede decir, junto con el Papa Francisco: "Soy un pecador."

Me atrevería a decir que cada uno de nosotros — y cada persona

que conocemos — añora la piedad. Por medio de Cristo, Dios muestra compasión. Cada uno de nosotros — y cada persona con la que nos encontramos durante nuestro día — anhela una comunión con Dios. En Cristo, vemos que Dios anhela una comunión con nosotros.

Nos demos cuenta o no, la oración es el encuentro de la sed de Dios con la nuestra. (Catecismo de la Iglesia Católica, 2560)

El Sacramento de la Penitencia es una continuación de la misión de sanación del mismo Jesús. La Iglesia, con el poder del Espíritu Santo, lleva a cabo la misión en cada momento y tiempo por medio de los sacerdotes, los sucesores de los apóstoles. Y cada uno de los fieles es llamado a llevar esa misión a las calles.

Pero nadie puede dar, por lo menos no con la misma profundidad, lo que él o ella no ha recibido. No podemos responder a las profundidades de las peticiones del mundo con corazones superfluos.

No importa qué nombre le queramos dar — Confesión, Penitencia, Reconciliación — y en todas las formas variables que ha llamado a lo largo del tiempo, la realidad detrás de este sacramento se ha quedado y se quedará igual: Es la forma privilegiada por la cual nuestro deseo de ser sanados se encuentra con el deseo de Dios de sanarnos. Es la forma privilegiada por la cual la misericordia de Dios se encuentra con la miseria humana.

Es por eso que me gustaría hacerle una invitación a la gente de la Arquidiócesis de St. Louis: Vengan al Sacramento de la Penitencia. Vengan a conocer la particularidad y la profundidad del amor sanador que Dios tiene por ustedes. Vengan a conocer a Cristo, el Médico Divino, y reciban el amor sanador que Él ofrece. Luego, sean testigos de ese amor sanador con todas las personas que encuentren.

Si usted se siente avergonzado porque ha pasado mucho tiempo desde su última confesión, esta invitación es especialmente para usted. Así como el padre del hijo pródigo esperaba ansiosamente por cualquier señal del retorno de su hijo (Lucas 15), Dios está observándolo y esperándolo a usted. Él quiere abrazarlo, ponerle un manto sobre sus hombros y un anillo en su dedo, y hacer un festín en honor a su retorno. Él está esperando para decir "¡Este hijo mío estaba perdido y lo hemos encontrado!" Los invito a la dicha, a la libertad y al alivio que viene de escuchar estas palabras:

Dios, Padre misericordioso, por medio de la muerte y la resurrección de tu Hijo, has reconciliado el mundo con Él y nos has enviado al Espíritu Santo para el perdón de los pecados; que por medio del ministerio de la Iglesia, Dios le dé el perdón y la paz, y yo lo absuelvo de sus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Notas

Archidiócesis de St. Louis
Copyright 2015